

DON JUAN DE AUSTRIA CABALGA HACIA EL MAR. EL CONFLICTO ANGLO-ESPAÑOL POR EL DOMINIO OCEÁNICO (SIGLOS XVI Y XVII)

Don John of Austria is Riding to the Sea.
The Anglo-Spanish Conflict over the Oceanic
Domain (16th and 17th Centuries)

Miguel Moreta Lara

Escritor (España)

El dominio del mar en los siglos XVI y XVII entraña un triple cambio de paradigma: el eje mediterráneo queda desplazado por el eje atlántico; el imperio aristocrático hispánico cede el cetro ante la hegemonía burguesa británica; y la tradicional cosmovisión católica –caduca, incapaz y pesimista– se muestra paralizada ante la moderna cosmovisión anglicana –liberal, dinámica y optimista–. La lucha por el control oceánico la decidirán circunstancias científicas –nuevos modelos y técnicas navales–, económicas –comercio americano– y sociales –ascenso de una clase social y de una generación de personas con iniciativa–. La literatura presenta huellas y expresiones notables de estos cambios: los Robinsones.

Palabras clave

Anglicanismo, Contrarreforma, guerra marítima, corsario, comercio americano, Robinson, navegación, galeón

Dominion over the sea during the 16th and 17th centuries entailed a triple paradigmatic shift: the Atlantic axis displaced the Mediterranean axis; British bourgeois hegemony seized the scepter from the Hispanic aristocratic empire; and the modern Anglican worldview (liberal, dynamic and optimistic) challenged and paralyzed the traditional Catholic one (faltering, incapable and pessimistic). In the struggle for oceanic control, scientific (new models and naval techniques), economic (American trade) and social (rise of a social class and a generation of people with initiative) means were decisive. The literature of the time presents remarkable traces and expressions of these changes –i. e. the Robinsons.

Keywords

Anglicanism, Counter-Reformation, Naval warfare, Corsair, American trade, Robinson, Navigation, Galeon

Recientemente –el 19 de diciembre de 2016– el Aula María Zambrano de Estudios Transatlánticos (AMZET) de la Universidad de Málaga (UMA) homenajeó al historiador Juan Antonio Ortega y Medina (Málaga, 1913-Ciudad de México, 1992) con motivo de la presentación de sus obras completas, que, para conmemorar el centenario de su nacimiento, comenzó a editar la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En realidad, pudimos asistir a un triple homenaje en las intervenciones de tres eminentes estudiosos. En primer lugar, el doctor Tomás Pérez Vejo –historiador y profesor de posgrado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de la Ciudad de México– impartió una lección magistral sobre el contexto general en el que hay que situar la vida y obra del malagueño, esto es, el exilio español en México –o exilios, no solo el de la Guerra Civil–. A continuación, la doctora Alicia Mayer González –historiadora y directora del Centro de Estudios Mexicanos de la UNAM en España– disertó –desde su condición de discípula y editora de las obras completas del maestro– sobre la talla académica del intelectual Ortega y Medina, del que trazó un finísimo retrato. Finalmente, Alejandro Salafranca Vázquez¹ –coordinador del Patrimonio Histórico, Artístico y Cultural de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de México– mantuvo el realce de las intervenciones anteriores con una pieza de emocionado análisis de la figura de su tío abuelo Juan Antonio Ortega y Medina, maestro malagueño, estudiante universitario en Madrid, luchador en el ejército republicano, prisionero en un campo de concentración francés, exiliado en México, profesor en la UNAM, académico de Historia, muerto en México. Una vida de limpia trayectoria y autor de una obra de las que Málaga no puede –no debería– prescindir. El vicerrector de política institucional de la UMA, Juan Antonio García Galindo, director del AMZET, al albergar y organizar este homenaje ha dado el primer paso para una necesaria recuperación.

La obra historiográfica de Ortega y Medina es muy amplia: además de su gusto en prodigarse tanto en la erótica de la docencia –impartición de clases y seminarios, atención a los alumnos y dirección de casi un centenar de tesis– como en la tarea menor –decenas de artículos de difusión y reseñas críticas–, alcanzó a diseminarse en cientos de artículos académicos, prólogos, capítulos de libros, ediciones críticas, dirección de revistas especializadas, coordinación de libros, traducciones –sobre todo del alemán, de Pfandl, Schiller, Winckelmann...– y

¹ Autor del número 32 de *Cuadernos del Rebalaje. Málaga desde el mar. La ciudad en la mirada de Carlota de Bélgica y Maximiliano de Habsburgo, emperadores de México*. Puede consultarse en <http://www.amigosjabega.org/index.php?page=Cuadernos-del-Rebalaje>

en dieciocho libros publicados². En conjunto, la obra de Ortega y Medina –dentro del pensamiento español del exilio de 1939– se alía al grupo de los neorteguianos –José Gaos, Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman, Samuel Ramos...– para contribuir a forjar la «conciencia mexicana»³.

Ortega y Medina platicó el 5 de octubre de 1976 *De Andrenios y Robinsones* en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia –donde era el primer nacionalizado admitido–. Posteriormente, amplió este trabajo y lo publicó con el título *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI y XVII)*⁴, libro dedicado a la memoria de sus padres y sobre el que siempre confesó su predilección entre todos los que dio a la imprenta. La obra se abre con esta cita de *Rocinante vuelve al camino* de John Dos Passos⁵: «Existe en el hombre hispánico la fría desesperación de una raza vieja, de una raza que ha vivido largo tiempo bajo una fórmula de vida a la cual ha sacrificado mucho; solo para descubrir al final que la fórmula no sirve». Este exergo ya anuncia una de las tesis de un ensayo que atesora muchas, una idea que comienza por inscribir en el prólogo: «El análisis histórico de la época imperial hispánica nos muestra, frente a todo dogmatismo filosófico y metodológico, que no siempre las fuerzas nuevas renovadoras triunfan en la historia sobre las caducas y estancadas». En esa frase late toda la tristeza de los refugiados, de los que lucharon por una nueva vida y fueron vencidos (y expulsados) por los bárbaros partidarios de la tradición. La historia de España se ha mostrado pródiga en esta vergüenza: judíos, moriscos, constitucionalis-

² Más los de ahora: Juan A. Ortega y Medina (2013): *Obras*. María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (ed.). México: Universidad Nacional Autónoma de México, 7 vol. (1. Europa moderna, 2. Evangelización y destino, 3. Literatura viajera, 4. Humboldt, 5. Historiografía y teoría de la historia, 6. Descubrimiento y conquista, 7. Temas y problemas de historia). Los volúmenes 5 y 7 aún no han visto la luz.

³ Lo ha tratado José Luis Abellán (dir.) (1976): *El exilio español de 1939*. Madrid, Taurus, 6 vol. V. el vol. 3, pp. 203-206. La contribución de nuestro autor, entre otras, es la de Juan Antonio Ortega y Medina (1953-1955): *México en la conciencia anglosajona*. México: Porrúa y Obregón/Antigua Librería Robredo, colección México y lo Mexicano, n.os 13 y 22. Otros exiliados andaluces echarían su cuarto a espadas en la tarea de retratar lo mexicano, por ejemplo Luis Cernuda (1952): *Variaciones sobre tema mexicano*. México: Porrúa y Obregón, colección México y lo Mexicano, n.º 10; o José Moreno Villa (1940): *Cornucopia de México*. México: La Casa de España en México.

⁴ Editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM en México en 1981. Nosotros acabamos de releerlo en la edición de 2013: *Obras*. México: UNAM, vol. 1, pp. 217-434.

⁵ De John Dos Passos (1896-1970) –autor norteamericano de la generación perdida viejo amigo de España– y de su traductor al español, José Robles Pazos (1897-1937), trata en su fascinante libro *Enterrar a los muertos* Ignacio Martínez de Pisón. *Rocinante vuelve al camino* se publicó en Madrid en 1930, en la editorial Cénit, y fue traducido por Mágina Villegas, la esposa de José Robles.

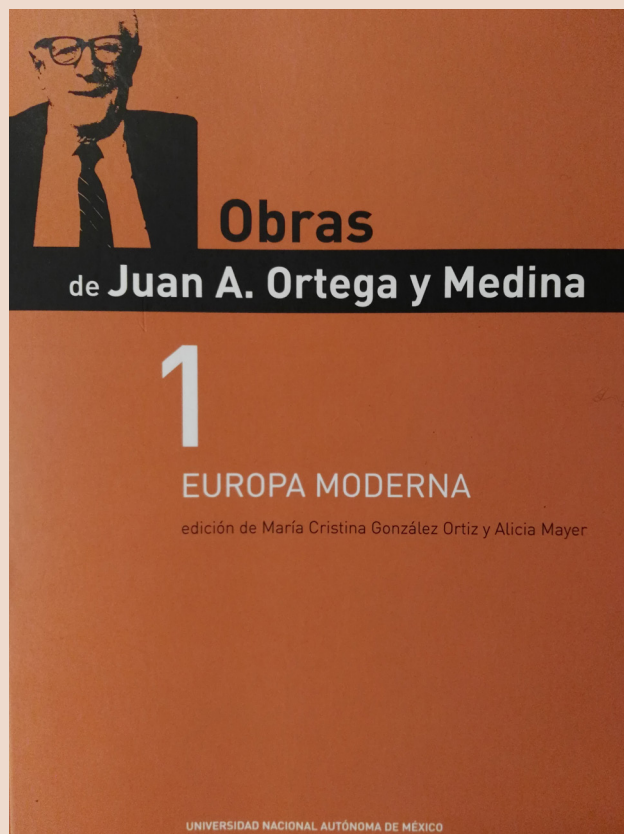
tas, liberales, ateos, republicanos, revolucionarios y otros muchos fueron obligados a pagar su heterodoxia con la pérdida de su patria, cuando no con la propia vida.

Sabido es que reseñar un libro bueno es muy difícil. Imposible anotar, aunque sea de pasada, todas las ideas que en este succulento ensayo se anudan, mil y una sugerencias nuevas, ricas, expresadas en una prosa precisa que no evita el adjetivo colorista y personal. Solo aludiremos a dos o tres. El historiador malagueño, basándose en una variada bibliografía –tanto hispana como inglesa–, en los testimonios de época y en datos cuantitativos demográficos y económicos, nos va guiando a través de dos centurias de una intensa relación de amor-odio entre España e Inglaterra, fijando su mirada en el tema apuntado por el título: el dominio oceánico. Durante el siglo XVI, los marinos ingleses emulan a los hispanos, dependen de los manuales españoles⁶ y de las cartas de navegación que vendía a los pilotos la Casa de Contratación de Sevilla. Este dominio teórico y técnico, según Ortega y Medina, se mantiene hasta 1594, cuando uno de los más expertos navegantes ingleses –sin desmerecer a su amigo sir Francis Drake–, John Davis, publica *The Seaman's Secrets*, el primer tratado práctico de navegación en inglés.

Otra de las teorías más queridas de Ortega y Medina –que desarrollará en otras obras enjundiosas– es la diferencia que marca la antimodernidad católica española frente a la Reforma protestante anglicana. En tanto que los católicos españoles viven de espaldas al mar, que es el morir, el mar tenebroso, inactivos y temerosos del más allá, los protestantes ingleses –afectados por el destino de su insularidad– ganarán la felicidad terrena en las riquezas que ofrece la mar luminosa, productivos en el más acá. Por boca de un tratadista de la época, Samuel Purchas, «el mar incita al cuerpo a actuar; a la mente a meditar y atrae a la gente hacia el mundo por medio del arte de todas las artes, la navegación». La renovación técnica naval es imprescindible para ganar la carrera del mar y del comercio de las Indias. Los ingleses se darán a construir barcos más ligeros, más agresivos y eficaces en la artillería (culebrinas), más marineros en el *tacking* (arte de ceñirse al viento), alargarán las quillas y disminuirán los alcázares de proa y popa, transforman el pesado galeón ibérico de 1.000 toneladas en una nao muy manejable de 500 toneladas, instalan un segundo

⁶ Los más leídos fueron el aragonés Martín Cortés de Albarca: *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar, con nuevos instrumentos y reglas, ejemplarizado con muy sutiles demostraciones* (Sevilla, 1551 y Londres, 1561), y el santanderino Diego García de Palacio: *Instrucion nauthica para el buen uso y regimiento de las naos, su traça y gouiermo conforme a la altura de Mexico* (México, 1587).

mástil en el puente, aplican bombas de desagüe en cadena, mejoran el velamen, usan cabrestantes para facilitar el fondear y levar anclas... La victoria naval de Lepanto (1571) contra el poderío turco fue la última victoria a la manera clásica española, táctica que fiaba todo en el abordaje y en la lucha de la infantería. Por eso, nada pudieron hacer los pesados galeones de la Invencible en el canal de la Mancha (1588) ante navíos, marinos y tácticas su-



Portada del primer volumen de Obras de Juan A. Ortega y Medina. Foto del autor.

periores de holandeses e ingleses. Además, cuando Felipe II («el monstruoso covachuelista») muere, deja un país agotado y en bancarrota. La siguiente centuria será la de una larga y sostenida decadencia: cuando desaparece el último Austria, la Armada española ya no existe.

Ortega y Medina ahonda en ideas, personajes y comportamientos para trazar un cuadro de la diferente cosmovisión e ideología anglo-española (protestante-católica), culminando su análisis en la contraposición de dos símbolos, dos mundos, dos visiones, dos figuras literarias: Robinson y Andreño. Por un lado, el personaje de *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe –el *Homo faber* o *technicus*, «paradigma puritano de felicidad y éxito técni-

cos intramundanos»—; por otro, el protagonista de *El Criticón* (1651, 1653, 1657) de Baltasar Gracián —peregrino en «un mundo cuya realidad es engañosa e ilusoria»—. Aquí, la finura del análisis no ahorra matices, regalándonos incluso catas de historia literaria de enorme interés —la literatura inglesa «huele a mar»—. Una de ellas es la dedicada a los antecedentes y descendencia de las aventuras marineras naufragantes, donde encuentra significativo que «la familia robinsonesca se amplía en las literaturas nacionales europeas —salvo en la española— con Robinsones suizos, alemanes y franceses [...]. No tenemos ningún Robinsón español [...] obedeció probablemente a una innata autocensura; inclusive la traducción al español de la obra de Defoe se realizó en fecha tardía, lo cual parece indicar que a la tradición hispánica le repugnó un ingrato, al parecer, para ella».

Con respecto a las tesis que pretenden explicar el menosprecio de los españoles por el trabajo durante esas centurias —ideología que se arrastrará durante bastante más tiempo, para pesadumbre de nuestros ilustrados—, Ortega y Medina se aparta con claridad de los que no duda en calificar de «determinismos demasiado excluyentes», rechazando las de Américo Castro —incapacidad temperamental de los españoles—, Sánchez Albornoz —empresa bélica enriquecedora a corto plazo— y Richard Konetzke —ejercicio de las armas durante ocho siglos—. Nuestro autor cree más bien que, en este aspecto, el pueblo no hacía más que seguir la actitud contrarreformista predominante de la oligarquía nobiliaria. Ello, en concomitancia con la inoperancia y errores —políticos, técnicos, estratégicos— de los Austrias, la ausencia de iniciativa individual en una burguesía debilitada, llevaría a la pérdida de la supremacía naval. En definitiva, más que culpar al pueblo por su espíritu negativo —carencia de mentalidad marinera—, hay que culpar «al

sistema económico-político asfixiante y monopolista, puesto en vigor por el Estado-Iglesia español a partir de los Reyes Católicos y acentuado hasta extremos ruinosísimos bajo la dinastía austríaca».

La piratería fue la respuesta de Inglaterra a la negativa de España a liberalizar el comercio con las Indias. Una nueva clase social inglesa, enriquecida con la propiedad agraria —y la consiguiente proletarización del campesinado en las grandes ciudades—, no dudó en romper con la legalidad y dedicarse a una actividad depredadora muy lucrativa, cuyo primer beneficiario iba a ser la corona isabelina. Los ingleses iban a contar con una «extraordinaria generación de hombres libres, ambiciosos y emprendedores», magníficos navegantes —Drake, Hawkins, Frobisher, Seymour, Fenner, Fenton, Crosses, Sheffield, Greenville, Davis, Raleigh, Gilbert, Cavendish...—, científicos —Hariot, John Deer, Edward Wright...— y comerciantes —Garrad, Chesters, Osborne, Sanderson, Smithe...—, en tanto que el Estado-Iglesia español fue «rasador de conciencias, enemigo de novedades y cambios y perseguidor de toda mente capaz de plantearse con libertad cualquier problema». Y no es que en la España imperial no se dieran los hombres con brío: de hecho, los avatares de las numerosas empresas en los nuevos territorios y mares a finales del XV y comienzos del XVI son pródigos en personajes y navegantes con empuje y coraje que hubieran podido plantar cara al «agresivo plan de acoso marítimo» de los afanosos corsarios anglicanos, pero el poder central se encargó de laminar cualquier iniciativa que pudiera introducir hábitos de libertad —en las costumbres, en las personas o en los intercambios comerciales—. El pesado y viejo galeón castellano es el símbolo de un Imperio que se va a pique. Un viejo refrán marinero parece definir la extenuación y la impotencia que anuncian el final: «A grande navío, grande fatiga».